



EL HIJO DEL VERDUGO.

NUEVA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE SE REFIEREN los sucesos de este Mancebo, natural de la Ciudad de Córdoba, el cual se pasó á los Reinos de las Indias, y logró grandes fortunas, como lo verá el curioso en esta

PRIMERA PARTE.

Atiéndame el Auditorio,
mientras mi lengua declara
la mas peregrina historia,
que ha sucedido en España,
ni fabula ni mentira,
de un hombre cuya desgracia
tuvo solo por ser hijo
de un Padre de prendas bajas.
En Córdoba la famosa,
centro de Minerva, y Palas,
nació este gallardo Joven,
por quien la historia se canta:
diole Dios entendimiento,
tanto, que en él se hallaban
prendas de naturaleza
sin quitarle á nadie nada,
ni ponerle, que estos dones
los da Dios con mano franca
á quien es su voluntad,

que es infinita su gracia,
nadie se admire, ni espante
de los troncos, ni las ramas,
que suele un árbol inútil
dar un fruto de importancia,
como lo fue el contenido,
aunque el borron de la mancha
de los Padres participan
los hijos sin tener causa.
No obstante, doraba el fruto
lo que el tronco desdoraba;
y con gran sagacidad
reconociendo su falta,
que es parte de discrecion
conocerse en sí la tacha,
que no hay mas egecutorias,
que obrar bien, y aquesto basta.
Era afable, y amoroso,
lindo cuerpo, hermosa cara,

envidiada es su persona
por lo hermosa, y lo bizarra.
Apenas llegó á tener
edad de ceñir espada,
viendose tan infelice
de no poder empuñarla,
y que de él nadie hace caso,
no ignorante de la causa,
tuvo un dia con su padre
unas pequeñas palabras,
donde en público le dijo,
que de su afrenta era causa:
y por si acaso algun dia
alguno le baldonara,
de el padre se querelló,
y se ausentó de su casa,
á las Indias se embarcó,
donde su suerte lo llama,
llegó á la Ciudad de Lima,
y al cabo de una semana,
vió una noche que unos hombres
á un Mercader lo robaban,
chocó con ellos brioso
á palos, y á cuchilladas,
haciendo que desamparen
la calle, hacienda, y la casa.
Al estruendo, los vecinos,
y el Mercader despertaban,
agradecido de ver
esta fineza tan alta
con empeño le suplica,
ofreciéndole su casa,
y su amistad, pues desea
en algo recompensarla:
Se despidió, por ser tarde,
y á otro dia de mañana
le fue á ver dándole cuenta
lo sólido que se hallaba
sin arrimo en la Ciudad,
forastero en tierra estraña.
Entonces el Mercader
lo hizo dueño de su casa,

y viendo sus procederes,
con gran cariño le trata:
Pared enmedio vivia
un Don Jacinto de Salas,
caballero noble, y rico,
del Orden de Calatrava,
el cual tenia una hija,
que es de todos celebrada
por lo airosa, y lo entendida,
y su hermosura estremada,
enamorada del Mozo,
mano le ha dado, y palabra,
que se ha de casar con él
aunque pese á quien pesara,
siendo el Mercader testigo
de todo quanto le pasa.
Prosiguen en sus amores,
con sus papeles, y cartas,
y el amor no dió lugar
que mucho tiempo pasára.
Entrada le dió una noche
dentro en su cuarto la Dama,
viéndole el Padre, prudente
fue donde la hija estaba
con gran recato, y silencio,
y vió los dos en la cama.
Duda lo mismo que vé,
y antes de hablarles palabra,
consideró como cuerdo
el deshonor de su casa,
y reportándose ha dicho
estas sentidas palabras:
Cómo tanto atrevimiento?
En las principales casas
se usa esta villania?
El Mancebo se levanta,
y arrodillado le ha dicho:
El firme amor es la causa
de estos mis atrevimientos,
mira Señor, y repara,
que en lo hecho no hay remedio,
vuestro sagrado me valga;

si no, vos sois el cuchillo,
yo la carne delicada,
corta, Señor á tu gusto
tu rigor sobre mi caiga.
A las voces, la Señora,
los criados, y criadas,
acuden, y el Caballero
mandó que se retiráran,
y al Mancebo, y á la Niña
los encierran en dos salas,
con cargo de juramento,
que si á su sangre no iguala,
sin remedio ha de matarlos,
antes de que lo afrentaran.
Sin dormir pasó la noche,
y luego por la mañana
fue en casa del Mercader,
por el Mozo preguntaba,
brujuleando pesquisas,
como quien no sabe nada;
y el Mercader que no es lerdo
le ha dicho aquestas palabras:
Señor don Jacinto, el Mozo,
sin quitarle á nadie nada,
es tan bueno como el Rey,
y no desmerece nada;
es un primo hermano mio,
que se ha venido de España,
y es noble, que aqui le tengo
su Egecutoria guardada;
y no porque es deudo mio,
si usted lo experimentara,
viera en él prendas de garvo,
y un hombre de confianza,
no tiene mas de un defecto,
que es ser pobre, y es la falta
mas comun que hay en el mundo
pues de ella hacemos gala;
pero en quanto á lo demas
nadie puede hablar palabra.
El Caballero responde:
Si eso que usted me declara

es verdad, quiero contar,
como amigo lo que pasa.
A deshoras de la noche
le encontré dentro en mi casa
conversando con mi hija,
y es una acción muy villana:
no sé lo que entre los dos
en este misterio pasa.
Reportáronme los Cielos,
entré el acero en la baina:
consideré que en matarlos
el daño no remediaba;
además, que él no tiene culpa,
sino es mi hija liviana
que él no habia de arrojar,
si ella no le diera entrada.
Supuesto, que su fortuna
lo quiso así, y la desgracia
de mi hija ha sido aquesta,
con él intento casarla,
ya que no hay otro remedio
contra mi gusto se haga.
El Mercader le responde:
Señor don Jacinto basta,
mucho merece la Niña,
él no desmerece nada,
obre usted como quien es,
véase la sangre hidalga.
Dispusiéronse las bodas,
y el tiempo todo lo acaba,
que es como dice el refran:
Bondades, señales tapan:
Le dió ochenta mil ducados,
y muchas prendas, y alhajas.
Vivian con grande gusto,
agradeciendo las altas
finezas del Mercader,
como su amigo del alma,
y á dos años de casado,
estando un dia en la Plaza
como un príncipe vestido,
que al Sol envidia le daba,

á él se llegó un mozuelo,
y de esta suerte le habla:
Fernando, qué dicha es esta,
que por tu persona pasa?
Me alegro mucho de verte
tan portado en tierra estraña;
Don Fernando le responde:
No sé lo que usted me habla,
usted me tiene por otro,
y es muy cierto que se engaña.
No me engaño (le responde)
ni te niegues, que en España
á tu padre, y á tu madre,
que son hijos de mi patria,
conozco, y á tu persona,
Fernando en vano te estrañas.
Y Don Fernando responde:
Si es que el secreto me guardas
yo soy; pero esta fortuna
Dios me la tuvo guardada;
y supuesto que eres pobre,
yo te daré si me tapas,
con que puedas adquirir,
caudal, si te dás la traza,
y estarte siempre obligado;
vente conmigo á mi casa:
le recogió afable, y dió
cien pesos en oro y plata.
Fuese el mozuelo, y gastólos
en cosas desordenadas:
volvió á pedirle otro dia
con imperios, y amenazas,
doscientos pesos de pronto;
y que si no se los daba,
á su suegro le diria
del caso lo que ignoraba.
D. Fernando, que esto escucha
metiendo mano á la espada,
para darle la respuesta,
mas él huyendo se escapa.

Fue al Caballero, y le cuenta
esta afrentosa desgracia
del empleo de su hija,
como estaba desposada
con el hijo del Verdugo
de Córdoba la nombrada.
Esto que oyó el Caballero,
como toro herido brama
escupiendo basiliscos,
quiso á la hija matarla,
y jura que si lo coje,
que lo ha de hacer mil tajadas.
Receloso de lo dicho,
Don Fernando se ocultaba,
el Caballero le busca,
y viendo que no le halla,
prendieron al Mercader,
y la hacienda le quitaban,
con gran rigor le aprisionan
en un Castillo con Guardas.
Don Fernando con secreto
mandó á su Esposa una carta,
dándole á entender por ella,
que quiere partirse á España,
y desatar tantas dudas
como se le acumulaban.
Y una noche con secreto,
por una ventana baja
le dió su Esposa la mano,
dineros, prendas, y alhajas,
y él con encarecimientos
á su Esposa le rogaba,
que se entrase en un convento,
y que el secreto le encarga:
que confiaba en Jesus
volver con bien á su casa.
Pasose á Vera-Cruz,
y para España se embarca.
Y en otra segunda parte
se dirá lo que aqui falta.